

**ENTREVISTA A HORST NITSCHACK:
LA LITERATURA BRASILEÑA COMO EXPERIENCIA DE DESPLAZAMIENTO Y
ARRAIGO**

**INTERVIEW WITH HORST NITSCHACK:
BRAZILIAN LITERATURE AS AN EXPERIENCE OF DISPLACEMENT AND
BELONGING**

Recebido: 09/10/2025 Aprobado: 30/06/2026 Publicado: 31/07/2026
DOI: 10.18817/rhj.v10i01.4671

Natalia López¹
Orcid ID: <https://orcid.org/0000-0002-7867-2080>

Palabras clave: literatura brasileña, literatura comparada, América Latina, desplazamiento cultural

Keywords: Brazilian literatura, Comparative literatura, Latin America, Cultural displacement

Horst Nitschack se doctoró en Filosofía en la Universidad de Friburgo en Alemania. Fue profesor de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile desde el 2004 hasta su jubilación en 2024. Actualmente es profesor de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y profesor ad honorem de la Universidad de Chile. Desde el 2005 se encuentra a la cabeza de las Jornadas Brasileñas, un encuentro anual que reúne a investigadores/as de Chile y del resto de América Latina en torno a la cultura y la literatura brasileñas y que este 2026 celebra su versión número XXI. Reconocido como uno de los principales especialistas de Brasil en Chile, bajo su cargo y supervisión se ha formado una generación de nuevos brasileñistas dedicados a la investigación y enseñanza de la literatura y cultura brasileñas vinculados a varias universidades chilenas. Esta entrevista ofrece una panorámica de su trayectoria intelectual, incluyendo su llegada a Brasil y su trabajo como profesor de literatura brasileña, constituyendo un rico testimonio de la potencia de la literatura en la transformación de vidas singulares y forjadora de comunidades. La entrevista se llevó a cabo el 2 de julio de 2026.

¹ Doctora y magíster en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Chile. Académica de la escuela de Historia y el Centro para las Humanidades de la Universidad Diego Portales. Sus focos de trabajo e interés son la historia cultural urbana, la literatura latinoamericana (con énfasis en literatura brasileña) y la teoría de afectos. E-mail: natalia.lopez@udp.cl

La literatura y el mundo

Siempre he pensado que la literatura es una forma privilegiada de comprender el mundo. Esa convicción no provenía solamente de mi formación en teoría estética o de mis estudios sobre la tradición literaria alemana y europea, sino también de la idea de que existe algo que podemos llamar literatura mundial. Me formé en una época en la que las distintas literaturas nacionales no se concebían como compartimentos estancos ni como expresiones jerarquizadas de determinadas culturas, sino como diversas manifestaciones de una misma experiencia humana. Ahora bien, pocas experiencias resultan tan significativas para aproximarnos a otra sociedad como la lectura de su literatura. La literatura no reemplaza la experiencia directa, pero prepara el modo en que miramos y comprendemos. En ese sentido, la literatura constituye una forma singular de conocimiento que no organiza los hechos como lo hace la historia, pero sí transforma una experiencia histórica y colectiva en una experiencia humana compartible.

Hasta finales de la década de 1970 estaba orientado principalmente hacia las literaturas alemana y francesa y la filosofía. Mi investigación doctoral había girado en torno a Kant y Schiller, y mis intereses estaban concentrados en la literatura de los siglos XVIII y XIX y en la estética. América Latina despertaba mi curiosidad desde hacía algunos años, mientras Brasil permanecía como un territorio distante y apenas conocido, asociado más a algunas imágenes dispersas que a un objeto de estudio.

Como ocurre con frecuencia en la vida en general, y en la vida académica en particular, no fueron solo las decisiones personales las que orientaron el recorrido que me llevaría a Brasil. La invitación del Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD) para desempeñarme como lector en la Universidad Federal de Ceará constituyó precisamente uno de esos acontecimientos que modificaron el rumbo de mi vida sin que alcanzara a comprender, en ese momento, todas sus consecuencias. Porque visto desde ahora, puedo comprender que mi llegada a Brasil no significó simplemente el descubrimiento de una literatura hasta entonces desconocida. Significó ante todo el descubrimiento de una manera más concreta de entender la relación entre literatura, cultura y sociedad. Poco a poco fui comprendiendo que la literatura brasileña no era únicamente un corpus de obras que debía incorporarse al repertorio de la literatura

comparada, sino una forma privilegiada de acceder a una realidad histórica, social y cultural muy compleja. Al mismo tiempo, esa aproximación modificó mi manera de leer la tradición europea, pues el encuentro con lo ajeno transforma inevitablemente la percepción de lo propio.

En adelante se reconstruye ese itinerario intelectual que no es un balance exhaustivo de mi trabajo académico. Es, más bien, una reflexión de alguien que llegó a Brasil por circunstancias biográficas y terminó encontrando allí uno de los principales horizontes de su vida intelectual. Si la literatura brasileña ocupó de forma progresiva un lugar central en mi investigación y en mi docencia, no se debió solo a la riqueza de sus autores o a la potencia de sus tradiciones críticas. Se debió, sobre todo, a que ella me permitió comprender con mayor claridad algo que ya intuía desde mis años de formación: que la literatura constituye uno de los medios más fecundos para conocer otras culturas y, precisamente por ello, una de las mejores formas de volver a pensar la propia.

Llegada al Brasil

Mi llegada a Brasil en 1980 fue el comienzo de un largo desplazamiento intelectual cuya dimensión comprendí tan solo muchos años después. Como suele ocurrir con ciertos acontecimientos decisivos, entonces no era posible saber que la invitación del DAAD cambiaría profundamente mis intereses de investigación, mi manera de leer la literatura e incluso mi forma de comprender América Latina.

Había realizado estudios de filosofía, literatura y teoría estética, y acababa de desempeñarme como lector en una universidad francesa, en Nantes, y mi horizonte académico seguía orientado hacia la tradición intelectual europea, especialmente alemana y francesa. Después del doctorado, proyectaba continuar con una investigación sobre Hölderlin fundamentada en la crítica literaria francesa (especialmente P. Bertau). América Latina ocupaba ya un lugar en mis intereses; había tomado clases de español y seguía con atención los procesos políticos y culturales del continente, particularmente de Cuba y Chile. Pero Brasil permanecía prácticamente fuera de mi campo de visión, era un país casi desconocido para mí. La referencia más importante por entonces era probablemente *Tristes trópicos*, de Claude Lévi-Strauss.

La decisión de aceptar un puesto en Brasil no respondió únicamente a una curiosidad intelectual. También estuvo marcada por el clima histórico de finales de la década de 1970. Europa vivía los años más tensos de la Guerra Fría. La amenaza de un conflicto nuclear formaba parte del horizonte cotidiano, y muchos de quienes pertenecíamos a mi generación experimentábamos la sensación de vivir en una sociedad marcada por un alto grado de desarrollo, pero también muy vulnerable. No obstante, en retrospectiva, creo que Brasil representó para mí no solamente una huida sino la posibilidad de abrir otra perspectiva sobre el mundo. Por eso, junto a mi esposa en esa época y dos hijos, decidimos emprender este viaje.

Al llegar a Fortaleza me sorprendí. Me sorprendió particularmente descubrir una vida cultural mucho más intensa y sofisticada de lo que imaginaba. La Universidad Federal de Ceará poseía una estructura académica sólida y un compromiso cultural notable. Muy pronto comprendí que el nordeste brasileño no podía reducirse a las imágenes de pobreza o atraso con las que frecuentemente era representado. Existía allí una tradición intelectual propia, una historia política singular y una vida artística bastante dinámica. En esta dinámica cultural la Casa de Cultura Alemana, cuya coordinación estaba bajo mi responsabilidad, cumplía una función importante, pues desempeñaba funciones similares a las de un Instituto Goethe y mantenía un estrecho vínculo con la política cultural alemana de aquellos años. Había más de cuatrocientos estudiantes inscritos en los cursos de alemán y contaba con cerca de dieciséis docentes. Esta situación estaba dada porque la República Federal de Alemania había comprendido que la reconstrucción de su legitimidad internacional no podía descansar únicamente en el desarrollo económico, también debía sostenerse en un diálogo cultural permanente con otros países. Gracias a ese apoyo disponíamos de una programación cultural intensa que permitía establecer vínculos entre intelectuales brasileños y europeos. Además, tenemos que considerar que eran los años de la dictadura militar brasileña, donde esos espacios culturales funcionaban también como lugares de encuentro y discusión. Por ejemplo, las proyecciones de películas de Rainer Werner Fassbinder, Wim Wenders o Werner Herzog convocaban a un público numeroso y atento.

Poco a poco empecé a recorrer Ceará y a descubrir que el sertón, las ciudades del interior, las ferias populares y las conversaciones cotidianas ofrecían una imagen del país muy distinta de aquella que podía encontrarse en las imágenes cliché y los discursos oficiales. Antes incluso de decidir dedicarme a la literatura brasileña, Brasil ya me estaba enseñando una manera distinta de aproximarme a la cultura. Solo después comprendí que ese acercamiento constituía la verdadera preparación para mi encuentro con la literatura brasileña. Antes de leer sistemáticamente a Euclides da Cunha, Graciliano Ramos, Rachel de Queiroz o Guimarães Rosa, había comenzado a leer el país. Y fue precisamente esa experiencia la que hizo posible que aquellas obras dejaran de ser simples textos literarios para convertirse en formas de conocimiento de una realidad.

Descubrir Brasil a través de la literatura

Aunque mi inmersión en la vida cultural de Ceará fue intensa, comprendí muy pronto que todavía no conocía realmente el país. Fue entonces cuando la literatura comenzó a ocupar el lugar que siempre había tenido para mí: el de una forma privilegiada de conocimiento. Mi formación académica había estado marcada por una concepción de la literatura que no responde a un canon universal compuesto por las grandes obras de Occidente, sino a la convicción de que las distintas literaturas dialogan entre sí porque todas participan de una experiencia humana compartida. Cada una expresa una historia particular, una lengua determinada y una configuración cultural, sin embargo, ninguna puede comprenderse de forma plena aislada de las demás. Por eso nunca concebí la literatura brasileña como una literatura periférica que debía incorporarse de forma tardía a un canon ya constituido. Tampoco la entendía como la expresión de una identidad nacional. Para mí era una de las múltiples formas que adopta la literatura del mundo. Del mismo modo que leía la literatura alemana o la francesa para comprender distintas modalidades de la experiencia humana, quería leer la literatura brasileña como una de esas variantes que amplían nuestra comprensión de lo humano.

Esta perspectiva determinó también una decisión importante. Cuando llegué a Brasil tenía el propósito de iniciar mi *Habilitation*, la investigación que en Alemania

constituye una importante segunda calificación académica después del doctorado. Mi proyecto estaba dedicado a Hölderlin. No obstante, poco a poco fui sintiendo que había algo problemático en permanecer intelectualmente instalado en la Alemania del siglo XVIII y XIX mientras vivía una experiencia tan intensa en el nordeste brasileño. Comprendí que el verdadero desafío consistía en dejarme interpelar por el lugar donde me encontraba. Aquí llegué entonces a mis primeras investigaciones en literatura brasileña dedicadas a la literatura de cordel. Hoy puede parecer evidente que un investigador interesado en la cultura brasileña se acerque al cordel, pero en aquellos años esa literatura era prácticamente desconocida en Alemania. Lo que más me atraía no era solamente su valor literario, sino también el modo en que esa tradición articulaba oralidad, escritura y memoria. Para comprenderla era necesario buscar los folletos publicados en las ferias, conversar con los vendedores, escuchar a los cantadores y observar cómo esos textos llegaban a sus lectores y circulaban entre ellos. El contacto con el cordel me mostró entonces una literatura cuya vitalidad dependía precisamente de su arraigamiento en lo popular. No establecía una frontera rígida entre la cultura escrita y la oralidad, entre la poesía y la performance, entre el texto y la comunidad. Comprendí que esa tradición no constituía un objeto folclórico ni una curiosidad regional. Era una forma sofisticada de producción cultural que obligaba a ampliar las categorías con las que había aprendido a pensar la literatura.

Cuando regresé a Alemania para presentar mis primeros trabajos sobre el cordel, la recepción fue muy positiva. Muchos colegas parecían descubrir por primera vez una tradición literaria completamente desconocida para ellos. El cordel fue entonces una especie de puerta de entrada. Muy pronto comencé a leer también de manera sistemática las grandes obras de la literatura brasileña. *Os Sertões*, de Euclides da Cunha, ocupó un lugar central en ese recorrido. No lo leí únicamente como una obra maestra de la literatura, sino como un gran esfuerzo por comprender la formación histórica del Brasil moderno. En sus páginas encontré una articulación singular entre geografía, historia, sociología y escritura literaria. Algo parecido ocurrió con *Vidas secas* y *São Bernardo* de Graciliano Ramos. Las imágenes de los paisajes y pueblos que recorrí en mis viajes al interior del nordeste se llenaron de repente con historias. Las novelas dejaron de ser para mí una simple representación del sertón, más bien lo crearon, le dieron vida. Tenía la

impresión de que los paisajes y los modos de vida con los que ya me había encontrado en mis viajes cobraban ahora sentido. Entonces entendí que la literatura no refleja la realidad –que siempre corre el riesgo de ser la realidad de los poderosos, los oligarcas y los “coroneles”–, sino que crea una realidad, a saber, la realidad de la vida popular. Revelaba dimensiones de la experiencia que permanecían invisibles en los discursos oficiales y académicos.

La obra de Guimarães Rosa produjo en mí un impacto profundo de otra envergadura. Siempre me impresionó su convicción de que narrar el sertón significaba narrar el mundo. Esa afirmación sintetizaba exactamente la idea de literatura que había orientado mi formación. El sertón dejaba de ser un espacio marginal para convertirse en un lugar desde el cual pensar problemas universales como el lenguaje, la violencia, la muerte, el amor y la comunidad. La literatura brasileña no solo amplió entonces mi campo de investigación, también me enseñó que toda verdadera experiencia intelectual comienza cuando estamos dispuestos a dejar que lo desconocido interpele aquello que creíamos conocer.

Leer lo ajeno para comprender lo propio

Con el paso de los años comprendí que mi interés por la literatura brasileña nunca consistió únicamente en conocer mejor Brasil. Ese fue, sin duda, el punto de partida, pero no el resultado más importante. La consecuencia más profunda de ese encuentro fue otra: la literatura brasileña terminó modificando mi manera de leer la tradición intelectual en la que yo mismo me había formado. Descubrí que el verdadero sentido del comparatismo no consiste en acumular conocimientos sobre distintas literaturas, sino en permitir que cada una de ellas transforme la lectura de las demás.

Esta convicción encuentra una formulación precisa en un texto de Hölderlin que me ha acompañado desde mis años de estudiante. Hölderlin sostiene que “(n)o hay nada más difícil que aprender a hacer uso libre de lo nacional.” Es decir, que lo propio nunca se presenta de manera inmediata; creemos conocerlo precisamente porque vivimos inmersos en él. Solo cuando nos enfrentamos a aquello que nos resulta extraño comenzamos a entender las condiciones históricas y culturales que organizan nuestra

propia mirada. En ese sentido, la experiencia de Brasil fue también una experiencia de extrañamiento respecto de Europa. Fue entonces cuando la crítica literaria brasileña comenzó a desempeñar un papel decisivo en mi formación intelectual. Hasta ese momento mi horizonte teórico había estado marcado por el marxismo occidental, particularmente por Georg Lukács (aunque ya con distancias), Lucien Goldmann y la Escuela de Frankfurt. Esa tradición seguía siendo fundamental para mí, pero el encuentro con los ensayistas brasileños mostró que existían otras formas de pensar la relación entre literatura, modernidad y sociedad.

Uno de los primeros autores que me enfrentó a ese desafío fue Silviano Santiago. Debo reconocer que, inicialmente, me resultó un tanto difícil leerlo. Cuando coincidimos en la Universidad de Colonia, Alemania, a mediados de la década de 1980, yo seguía interpretando la literatura desde categorías relativamente estables heredadas de la crítica marxista europea. Santiago, en cambio, proponía una reflexión que desestabilizaba esas seguridades. Su manera de pensar la dependencia cultural, la traducción y la escritura latinoamericana escapaba a los esquemas interpretativos con los que yo estaba familiarizado. Durante bastante tiempo tuve la impresión de que no lograba comprender plenamente aquello que intentaba decir. Algo semejante ocurrió con Roberto Schwarz, aunque por razones distintas. Su proximidad con la tradición marxista hacía pensar, en un primer momento, que su obra resultaría más familiar para alguien formado en la Escuela de Frankfurt. Sin embargo, pronto me di cuenta de que Schwarz mostraba que las categorías de la modernidad europea solo podían comprenderse plenamente cuando eran observadas desde una sociedad marcada por la esclavitud, la dependencia y el desarrollo desigual. La célebre fórmula de las “ideas fuera de lugar” nunca fue, a mi juicio, una simple descripción de la historia intelectual brasileña. Era mucho más el intento de demostrar en qué medida ideas europeas podían recuperar otro sentido en países de la modernidad periférica: “libertad”, “igualdad” no como expresiones ideológicas de la burguesía sino como ideas a favor de la abolición y en contra de la ideología racista de la oligarquía nacional. En otras palabras, Brasil no aparecía como una excepción respecto de la modernidad, sino como un lugar privilegiado para comprender sus contradicciones. Fue entonces cuando percibí que la crítica literaria brasileña no solo me

ayudaba a entender mejor la literatura brasileña, también abrió un camino de relectura de la literatura europea desde preguntas que antes no me había hecho.

Enseñar literatura brasileña fuera de Brasil

A medida que mi investigación fue orientándose hacia la literatura brasileña, la docencia dejó de ser simplemente el lugar donde transmitía conocimientos ya adquiridos. Se convirtió también en un laboratorio donde podía comprobar hasta qué punto la lectura de una tradición literaria desconocida era capaz de modificar la percepción que los estudiantes tenían de América Latina, de Europa y de la propia literatura. Muy pronto comprendí que enseñar literatura brasileña fuera de Brasil implicaba mucho más que incorporar un nuevo corpus a los programas universitarios. Significaba cuestionar mapas intelectuales largamente establecidos. No obstante, nunca presenté o enseñé la literatura brasileña como un caso excepcional o exótico. Me interesaba exactamente lo contrario. Intentaba mostrar que las preguntas formuladas por Guimarães Rosa o por Graciliano Ramos acerca de la violencia y la pobreza, pertenecen al patrimonio universal de la literatura. Lo específicamente brasileño nunca constituía un límite para la comprensión, era precisamente el punto de partida desde el que esas obras alcanzaban una potencia que trascendía cualquier frontera nacional.

Trabajé como docente en la Universidad Católica del Perú durante seis años, con cursos dedicados a la literatura comparada. Ahora bien, la labor más sistemática de enseñanza de la literatura brasileña comenzó con mi llegada a la Universidad de Chile en el 2004 con cursos de pregrado dedicados íntegramente al Brasil. Debo admitir que en esa época cometí un error: pensé que, para hablantes de español, el portugués no sería un obstáculo en la lectura de obras brasileñas. Pero me equivoqué. Comprendí entonces que, salvo pocas excepciones, para atraer más estudiantes a la literatura brasileña sería necesario trabajar con las traducciones al castellano. Además, percibí que, aunque Chile y Brasil compartían en alguna medida una historia continental marcada por la colonización, las dictaduras, los procesos de modernización desigual y las tensiones entre proyectos nacionales y su inserción global, el acercamiento hacia el Brasil respondía más a una simpatía generalizada y a clichés en torno a la música, el fútbol, los

paisajes o el carnaval. En su literatura, Brasil seguía entonces apareciendo como un terreno desconocido. Además, la barrera lingüística había contribuido a mantener una distancia cultural que no se correspondía con la cercanía geográfica ni con la densidad de los vínculos históricos entre ambos países.

En ese contexto comprendí que enseñar literatura brasileña significaba también contribuir a fortalecer un diálogo latinoamericano que durante mucho tiempo había permanecido fragmentado. Los cursos se transformaban entonces en espacios de conversación entre distintas tradiciones, considerando algunas temáticas centrales, como las vanguardias latinoamericanas, las figuras de sujetos adolescentes y el *Bildungsroman*, la ciudad y las experiencias urbanas.

Mirando de manera retrospectiva, veo que mi labor docente y mi trabajo de investigación nunca constituyeron actividades separadas. Ambas respondían a una misma convicción: la literatura solo despliega plenamente su potencia cuando circula entre lenguas, culturas y tradiciones distintas. Enseñar literatura brasileña fuera de Brasil significó, en definitiva, continuar ese viaje intelectual iniciado en Fortaleza, invitando a otros lectores a experimentar el mismo desplazamiento que había transformado mi propia manera de comprender la literatura y el mundo.

Hoy pienso que esa ha sido, tal vez, la tarea más persistente de mi trayectoria universitaria. No formar especialistas exclusivamente dedicados a una literatura nacional, sino contribuir a la formación de profesores/as e investigadores/as que puedan atravesar fronteras lingüísticas y culturales sin renunciar a la complejidad de cada tradición. Esta labor de irradiación de la literatura brasileña fuera del Brasil ha tenido una de sus mayores expresiones en la creación del Grupo de Estudios Brasileños del que hacen parte profesoras/es vinculados a varias universidades chilenas. Especialmente en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso la literatura brasileña está adquiriendo mucha fuerza, con nuevas tesis de magíster y doctorado dedicadas al Brasil o a la literatura latinoamericana con la incorporación de obras brasileñas.

La permanencia de este interés en la literatura brasileña tiene que ver, sobre todo, con la capacidad que posee para interpelar algunos de los problemas más urgentes de nuestro presente. Si durante el siglo XX la literatura brasileña permitió pensar cuestiones como la formación nacional, la desigualdad, la violencia o la modernización, hoy

constituye también un espacio privilegiado para reflexionar sobre las literaturas afrodiaspóricas, la crisis ecológica, la Amazonía, los pueblos indígenas y las nuevas relaciones entre naturaleza, técnica y cultura. Las preguntas han cambiado, pero la literatura continúa siendo un lugar desde donde esas transformaciones pueden comprenderse con una profundidad que otras formas de conocimiento difícilmente alcanzan. Por eso sigo creyendo que leer significa desplazarse: salir del mundo que creemos conocer para regresar a él con una mirada transformada.

Ese ha sido, en definitiva, el verdadero legado que Brasil dejó en mi vida intelectual. No solo me ofreció un nuevo objeto de estudio ni una nueva tradición literaria. Me enseñó que el conocimiento comienza en donde aceptamos que otra lengua, otra cultura y otra historia cuestionen nuestras propias certezas. Desde entonces comprendí que toda lectura importante es también una forma de viaje y que el comparatismo, antes que una disciplina académica, constituye una disposición constante a dejarse transformar por el encuentro con lo diferente. Por eso, la literatura sigue siendo uno de los lugares privilegiados donde aprendemos a pensar el mundo desde la experiencia del otro y, precisamente por eso, a comprender de un modo siempre renovado aquello que llamamos propio.

Bibliografía

Cunha, Euclides da. **Os Sertões**. São Paulo: Ateliê Editorial, 2001 [1902].

Guimarães Rosa, João. **Grande Sertão: Veredas**. Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 2006 [1956].

Hölderlin, Friedrich. **Sämtliche Werke und Briefe**, v. 4. Leipzig: Insel, 1916.

Lévi-Strauss, Claude. **Tristes Trópicos**. São Paulo: Companhia das Letras, 1996 [1955].

Ramos, Graciliano. **Vidas Secas**. Rio de Janeiro: Record, 2006 [1938].

Ramos, Graciliano. **São Bernardo**. Rio de Janeiro: Record, 1988 [1934].

Santiago, Silviano. **Uma literatura nos trópicos: ensaios sobre dependência cultural**. Rio de Janeiro: Rocco, 2000 [1978].



Schwarz, Roberto. **Ao vencedor as batatas: forma literária e processo social nos inícios do romance brasileiro**. São Paulo: Duas Cidades/Editora 34, 2000 [1977].